

# EPIFANÍA

**SALVADOR GIRALDO**

Filólogo hispanista, escritor, editor y crítico literario.  
Ilustración *Chipe trepador (Mniotilta varia)*, Kevin Simón Mancera.

No se había decantado por ninguno de los dos colores imperantes de aquel entonces. Estuvo siempre, igual que su familia, absorto en un universo variopinto, que captaba a través de sus iris, verde, el derecho, y violeta, el izquierdo. Frailejones y gramas de verdes fríos, soles de amarillos ardientes, cielo azul celeste, flores púrpuras, cóndores oscuros, con sus alas de noche diurna, y pumas de amarillo frío y movimientos sigilosos, que se perdían entre los aromas verdes de las gramíneas, lo arrullaban en los páramos que sustentan la existencia con sus aguas diáfanas hasta dejarle sus mejillas, de manzana, coloradas. Nada quedaba para la muerte en aquel lugar recóndito que le daba vida a cada ser. No obstante, el verde y el violeta avanzaban demasiado pronto, a ritmo de tambores desesperados, los de los revólveres, y una noche la heterocromía de Epifanio desapareció.

El frío, había llovido, se condensaba igual que una pared en la atmósfera; era una neblina que congelaba con su escarcha las paredes de la casa verde o violeta de Epifanio. Los grillos, de serenata eterna en la penumbra, se habían callado, y de pronto, la apacible oscuridad que proporciona la niebla en noches sin luna fue interrumpida por los violentos tambores, cuyas bocas alumbraban, como cucuyos, rostros de asesinos. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Varios sonidos secos se desplazaron por el aire y llegaron a los oídos de Epifanio, quien estaba a seis metros de la casa en el baño. Una chispa ardiente, sin mucha fuerza, mordió a su ojo izquierdo o derecho, y él corrió por instinto para perderse en la húmeda neblina que lo acobijó en su piel de laguna flotante. Confusión, tristeza, fuego e ira quedaban atrás de su espalda. Ya desaparecido en la oscuridad, subió y subió por el laberíntico páramo,

girando y girando  
por cada frailejón  
que dibujó un ca-  
mino para él, hacia  
la seguridad de los  
silencios primigenios,  
allí donde los renacuajos  
todavía se metamorfosean en  
pájaros.

Cansado, un sueño profundo lo  
embebió y cayó sobre las gramíneas  
que lo sostuvieron con ternura; nun-  
ca soñaría tan profundamente. Lo  
ahogaron imágenes de una vida pres-  
tada en la fase REM de su descanso.  
Tierra viva que respiraba a través de sus  
pulmones; amor de varias mujeres hacia él  
y de él hacia solo una; hijos, dos niñas y un varoncito, Epifanio; felicidad,  
bella felicidad que lo despertaba a las cuatro de la mañana todos los días;  
tragedia, angustiosa tragedia que le cerró los ojos a las doce de la noche,  
luego de su encuentro con la pelona; y sueño último, sueño que su hijo so-  
ñaba con ser él, Epifanio padre, a quien un tuerto de ojo verde o violeta lo  
cegó para sumergirlo en las tinieblas de las tierras tanáticas, por ser adepto  
a un color contrario al suyo. Cuando despertó, Epifanio hijo lloró entre  
arcadas causadas por los embates del mar turbulento de sus entrañas. La  
boca le sabía a bilis, a odio. Había olvidado casi todo lo que soñó —mal  
tanatonauta—, y se quedó solo con la imagen del tuerto, y huérfano y  
tuerto, juró venganza. Creía que su padre le había transmitido ese recuer-  
do para tal fin, pues Epifanio padre e hijo fueron incapaces de defender a  
su propia familia, era la culpa heredada que habría de perseguirlo hasta el  
final de sus días.

De esta manera su vida variopinta se esfumó. Nació de él un asesino  
verde o violeta, uno más, como si hicieran falta. Buscaba al tuerto por  
montes y poblados. Cegaba los ojos de sus contrarios verdes o violetas,  
tan iguales a él que sus vástagos, huérfanos y tuertos, lo buscarían. Imita-  
ba al verdugo de su padre que quizás imitaba a otro verdugo, para que se  
sintiera repetido, ironizado, retado, y lo buscara por el cenagal iracundo de  
víctimas de otras víctimas, en un círculo perenne de ciegos y más víctimas.  
Y cuando llegaba a un pueblo lo miraban de inmediato con miedo; en su  
rostro se veía al otro, su enemigo. Pero para él no fue nunca una desventa-  
ja, se percataba que aquel estaba cerca, arañaba sus pasos por los páramos,  
hasta que por fin lo encontró.

El frío, había llovido toda la noche, se condensaba igual que una pared  
en la atmósfera; era una neblina que congelaba con su escarcha el rostro de  
Epifanio. Los grillos, de serenata eterna en la penumbra, se habían callado  
y de pronto la apacible oscuridad fue interrumpida por el brillo llameante  
de los revólveres, que tronaban en la desgracia del *déjà vu* reverberante,



amarillento, de los ominosos tambores, emisarios de la muerte temprana. Varios disparos se desplazaron por el aire durante más de media hora, hasta que la munición de ambos enemigos se acabó. Por un extraño instinto de autoconservación, se dispararon sin quererse matar, atinándole a la oscuridad de la noche para que fuese el destino quien escogiese a uno, pero, este, más confundido que ambos, no se decantó por ninguno, así que la pelea pasó a machetazos.

¡Tlín! ¡Tlín! ¡Tlín! Se escuchaba el chocar de los machetes, que con cada golpe perdían su filo. Epifanio era un hombre que luchaba contra su sombra, contra la neblina, contra la nada más infinita y oscura de su propio ser. Hasta que por fin el machete encontró su objetivo en el costado izquierdo o derecho de uno de los contendientes. Solo quedaba dar el golpe final, sin embargo, antes de que alguno lo hiciera, un rayo de luz detuvo el tiempo en un instante de claridad epifánica. La luna había aparecido e iluminaba la atmósfera, mientras los tímidos cucuyos sobrevolaron la grama baja del páramo para formar una constelación de ensueño.

Frío, miedo a la muerte, sonrisa de la pelona, cicatrices, humedad de la grama, lluvia-lágrimas del cielo y consternación, consternación, mucha consternación embebieron a Epifanio. Ambos hombres se vieron. Por fin, él, Epifanio verde o violeta, se vio a sí mismo. Estaba repetido en el rostro del otro, que era el mismo de su padre. Sentía cómo el machete, que reflejaba la luz de la luna en su hoja, lo diseccionaba. Él era dos seres: uno, verde, el otro, violeta; uno, izquierdo, el otro, derecho. Continuar con la pelea era absurdo, darle el golpe final a su enemigo aún más. ¿Qué asesinaría? ¿La sombra, el silencio, la nada, a sí mismo? ¿Acaso no se había convertido en su enemigo al repetir sus actos? Los hombres no se definen por esencias, sino por hechos; la esencia no existe, solo somos un punto vacío que se cree lleno por unos instantes.

Se sintió aterrado y luego en paz, su deseo de venganza era nimio ante la sensación de estar completo, de encontrar la mitad que su turbulenta existencia le había desarraigado de sí como a un tubérculo. Miró con ternura el rostro de su enemigo, de sí mismo, y... enterró el machete lo más profundo que pudo con la furia de su padre. Después de contemplarse en el rostro del otro, una pequeña diferencia lo había turbado y le había regresado el odio a su alma. Su enemigo tenía el ojo que a él le faltaba —¿Acaso desconocía que todo reflejo tiene una lateralidad opuesta a la propia?—. Así que terminó por enceguecer —por enceguecerse— a su yo-otro de la misma manera que lo había hecho un reflejo suyo en guerras anteriores, del mismo modo que otro lo haría más tarde a un soldado de algún bando rojo o azul o de cualquier color en otra guerra absurda. Por supuesto que no hay que sentir lástima por la víctima. En el terrible abismo de la oscuridad más insondable, murió con la extraña sensación de que se había vengado por fin. ■

